

La ciudad y la patria.

(Acroynido en "Civitas  
esto y aquello", M 6 B) (1)

("El Cogo Ilustrado", Caracas (Venezuela), 1 junio 1907).

2-180  
2-110

## LA CIUDAD Y LA PATRIA

**Q**UARTA vez he de apoyarme en hechos históricos leídos en la «Historia Constitucional de Venezuela», del señor Gil Fortoul. Leyéndola tomó forma concreta en mi mente, saliendo de la nebulosa en que se revolvía por concretarse y aclararse, una suposición respecto á un problema político que ha tenido que preocupar á cuantos hayan meditado en las vicisitudes del desarrollo político de las naciones hispanoamericanas. ¿Por qué las repúblicas americanas de lengua española son hoy—con Panamá y Cuba—diez y ocho y no diez y seis ó veinte? En pocos años, muy pocos, se formaron diez y seis naciones. ¿Y por qué no más?

La historia nos explica cómo la Banda Oriental del Uruguay se hizo una nación independiente y no se hizo tal Entre Ríos, pero la historia no nos pone muy en claro la razón íntima de eso. Un carlyliano, uno que rinda culto á los héroes, podrá explicarlo por la superioridad de tal candillo sobre tal otro, y asegurar que el Uruguay fué obra de Artigas y el Paraguay del doctor R. Francia, pero siempre habrá muchas gentes que no se satisfarán con tal explicación. Otros acudirán á razones de geografía, de clima y suelo, pero tampoco tales razones convencen siempre. Soy de los que rinden más sincero homenaje de admi-

ración y simpatía al talento brillante y á la imaginación cálida y á la par fresca—dos cosas que en la imaginación no se explican—del gran poeta Zorrilla de San Martín, pero no me pueden convencer aquellos ingeniosos y patrióticos esfuerzos que hizo en su discurso al inaugurarse la estatua ecuestre del general Lavalleja, para demostrarnos que el Uruguay tiene que ser una nación independiente con la voluntad, sin la voluntad y hasta contra la voluntad de los orientales, por ser una patria subtropical y atlántica.

Hoy, después de más de tres cuartos de siglo que las naciones hispanoamericanas están, en su mayoría, constituidas, la historia ha creado en ellas tradiciones hacién-



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES





dolas patrias, pero siempre queda en pie para la mayor parte de ellas el problema sociológico y político del origen de su constitución. Y no creo que ayude á resolverlo del todo el remontarnos á la constitución de las colonias.

Claro está que tanto la acción de los caudillos, y el que unos fuesen más fuertes que otros, como la geografía y otras, explican en parte el hecho, pero siempre queda margen para otras explicaciones. Y la lectura del primer tomo de la «Historia Constitucional de Venezuela» del señor Gil Fortoul me ha hecho fijarme en un factor al que de ordinario no se le da todo el relieve que á mi juicio merece.

La gran Colombia que formó Bolívar el Libertador se dividió, ya en su vida, en la actual Colombia, Venezuela, el Ecuador y aun Bolivia, así como más tarde se deshizo la confederación perúboliviana de Santa Cruz. El señor Gil Fortoul nos cuenta cómo Páez, el llanero venezolano, no se formaba idea exacta de la «patria grande», preocupándose ante todo de los asuntos caseros de su «patriecita»—como decía Soubllette—de los llanos de Barinas y Apure. Lo mismo les pasaba á no pocos de los caudillos argentinos.

Y eso es enteramente natural. El sentimiento de patria, de patria grande, de patria histórica, con una bandera y una historia común y una representación ante las demás patrias, siendo por ellas reconocida como tal, es un sentimiento de origen ciudadano. Nace, y si no nace, se robustece en las ciudades. El campo no engendra sino sentimientos regionales, de agrupación informe. El federalismo es rural en su origen, ó si no rural enteramente, producto de pequeñas villas, de burgos reducidos; el unitarismo nace en las grandes metrópolis.

Aún hay más, y es que, contra un juicio muy generalizado, aseguran observadores agudos y desapasionados que los pueblos de los campos, los aldeanos, campesinos, llaneros, etc., se diferencian entre sí menos que el pueblo bajo de las ciudades, que un labriego castellano y un *peasant* inglés ó un *peasant* francés se parecen más que el chulo de Madrid, el *cockney* de Londres y el obrero parisiense. Lo que distingue á dos pueblos son sus grandes ciudades, y en torno á una gran ciudad es cómo, ante todo y sobre todo, se forma una patria.

Aún hay más, y es que, contra un juicio muy generalizado, aseguran observadores agudos y desapasionados que los pueblos de los campos, los aldeanos, campesinos, llaneros, etc., se diferencian entre sí menos que el pueblo bajo de las ciudades, que un labriego castellano y un *peasant* inglés ó un *peasant* francés se parecen más que el chulo de Madrid, el *cockney* de Londres y el obrero parisiense. Lo que distingue á dos pueblos son sus grandes ciudades, y en torno á una gran ciudad es cómo, ante todo y sobre todo, se forma una patria.





El patriotismo nacional es civil, es un sentimiento de origen ciudadano. Y no se olvide que civilización deriva de *civis*, de donde deriva también ciudad, *civitas*.

En la citada obra del señor Gil Fortoul puede verse cómo el elemento más activo en la separación de Venezuela de la gran Colombia fué Caracas, la ciudad, donde se formó un partido «descontento de ver la capital en Bogotá y adversario de la forma centralista de la constitución de Cúcuta» (pág. 390.) A lo que hace observar el autor (pág. 394:) «Obsérvese que este espíritu de independencia de la municipalidad de Caracas, imitado después por otras, revela

que renacía bajo la república la tradición de los ayuntamientos españoles..... Ulteriormente veremos que la vida política regional tiende á concentrarse en la capital de la provincia ó estado, ó más bien en su gobernador ó presidente; de tal suerte que el régimen federativo, según el concepto especialísimo que de él se forman los pueblos sudamericanos (lo mismo Venezuela que Nueva Granada, y Méjico y la República Argentina), contribuye al fin á substituir la autonomía municipal con un vigoroso y tenaz centralismo en el gobierno regional.» Sigue narrando los sucesos y mostrándonos cómo la opinión de la clase oligárquica, porque el pueblo era pasivo, sólo se preocupaba de lograr la autonomía de la antigua capitanía general, llegando la municipalidad de Caracas, en 2 de octubre de 1826, á convertirse en verdadero parlamento político.

Sigue contándonos, cómo el partido revolucionario de Caracas y Valencia estaba resuelto á no cejar en su empeño de dividir la república, y en la página 414 llega al fondo del problema con estas palabras: «Apenas había ley de la república que se cumpliera eficazmente en Venezuela; y puede afirmarse que á este respecto, su unión

con Nueva Granada fué más bien motivo de atraso que de progreso. La universidad de Caracas y las escuelas—no obstante la protección que Bolívar quiso dispensarles á las últimas cuando desde el Perú subvencionó á Lancaster para plantear aquí su sistema de educación—vivían de un modo precario por la irregularidad con que se pagaban los sueldos de los profesores y porque los fondos de que podía disponer Colombia para fomentar la instrucción científica se empleaban casi todos en los institutos





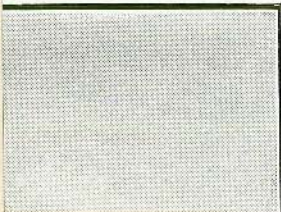
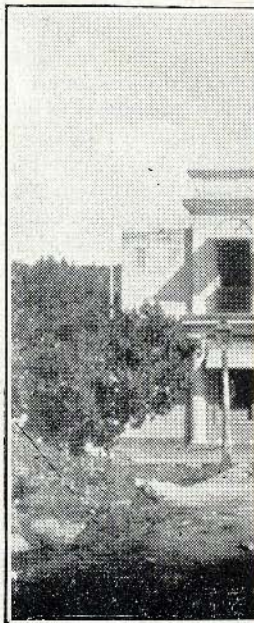
de Bogotá». Y en otro pasaje dice el señor Gil Fortoul, hablando de Bolívar: «Quiso tornarse árbitro de los destinos de la América española, y fracasó en su empresa de juntar en un haz político países separados por distancias inmensas, sin caminos, casi desiertos.» Y aquí, en esto de las distancias inmensas, de la falta de caminos, y de los desiertos, aquí estriba el peso todo del problema. Los caminos son tan necesarios á la unidad de una nación como las venas y las arterias al cuerpo humano.

Sarmiento en su «Facundo», libro lleno de vislumbres, dijo que el mal de la República Argentina era su extensión, pero esto dicho así, en seco, necesita ser aclarado. Porque extensos son los Estados Uni-

dos. El mal de la Argentina en tiempo de Sarmiento era más que su extensión, lo poco poblada de ésta y la dificultad y largura de las comunicaciones. Cuando las comunicaciones de los distintos lugares de una nación con su capital, con la residencia del gobierno, son difíciles, la vida nacional se hace difícil también. Y hé aquí la conclusión á que quería llegar, y es que uno de los factores capitales en la formación de las nacionalidades americanas fué la esfera de acción de las grandes ciudades. Toda

región ó territorio cuya ciudad capital tuviera que depender para su vida económica y social de otra

capital colocada en mejores condiciones, tenía que ser región ó territorio dependiente. Y de aquí el que yo crea, concretándome para ejemplificar mi aserto al caso de la Argentina y el Uruguay, que el haberse hecho la Banda Orien-







[Fot. Avril]

tal una nación independiente se debe más que á Artigas ó Lavalleja y á los Treinta y Tres, y más que á ser ella subtropical y atlántica, á Montevideo. Montevideo hizo el Uruguay, porque Montevideo, con su puerto en el Atlántico y á la boca del Plata, no dependía para su vida económica y social de Buenos Aires. Por el puerto de Montevideo podían y pueden entrar y salir mercancías de toda clase sin Buenos Aires. Y re-

tener que pasar por conociendo el valor de otros factores—en algunos casos grandísimo—puede decirse que Buenos Aires hizo la Argentina, Montevideo el Uruguay, Valparaíso y Santiago Chile, Lima el Perú, Bogotá Colombia, Caracas Venezuela, Guayaquil el Ecuador, etc.

¿De qué proviene aquí, en España, la fuerza del regionalismo catalán, lindero á las veces con el separatismo, sino de que Barcelona tiene más vida propia que Madrid, más población y verdadera independencia económica?

Si las ciudades del interior de la Repú-





blica Argentina no hubiesen necesitado del puerto de Buenos Aires para su más perfecta vida económica tal vez hubiésemos tenido alguna ó algunas repúblicas más, y Güemes, López ú otros habrían hecho lo que hizo Artigas. Obsérvese que las naciones americanas se formaron, casi todas, á lo largo de las costas, supeditadas á algún puerto, excepto cuando un vasto «hinterland» les permitía crearse una capital interior, ó cuando su vida era muy sencilla, muy «robinsoniana» como sucedía con el Paraguay.

La influencia de las grandes ciudades en la formación y cimentación de las nacionalidades es decisiva. Una vez más he de repetir que el patriotismo es ante todo ciudadano. Y hasta en el caso de un Rosas, que puede á primera vista parecer un símbolo de la campaña y un representante de los rurales, hay que ver que era un ciudadano de origen y que asentando su dictadura en la ciudad, asentó, de hecho, la dictadura de la ciudad. Y cuanto más una capital se diferencia de otra capital, más se diferencian dos naciones. Los ayuntamientos de dos capitales pueden hacer por la inteligencia cordial de dos naciones tanto, por lo menos, como sus gobiernos respectivos.

En el libro mismo que suscita estas líneas se dice que la «municipalidad» de Qui-

llo del español.

Las ciudades han hecho las patrias. Hablaba como un sabio, creo, Mosquera cuando en la sesión del 21 de abril de la convención de Guaya, en 1823, contesta á Santander que hablaba de que la diversidad de clima y costumbres se oponía al centralismo, diciendo que la diversidad de costumbres es para la imaginación, que en América, de México á Buenos Aires, todo es igual, hasta los resabios. (v. pág. 429). Podrá haber un esto más ó menos hipócrita, pero en el fondo lo creo exacto.

Aquí, en España, ponderamos las diferencias de carácter, costumbres y modo de ser





to envió á Bolívar al Perú, en julio de 1826, comisionados con instrucciones reservadas contra la constitución de Cúcuta y la unión con Colombia, y el 28 de agosto el pueblo de Guayaquil reasume su soberanía y entrega su suerte á Bolívar. Es decir, que así como Caracas hizo Venezuela, Quito y Guayaquil, su puerto, hicieron el Ecuador.

Y hay más y es que si las grandes ciudades—grandes relativamente—con vida independiente hicieron las naciones americanas el no ser lo bastante grandes y el haber entre aquellas otras que les estaban supeditadas en mayor ó menor grado no pocas con cierta vida propia y radio de acción propio también, fué lo que produjo aquel especialísimo federalismo sudamericano de que tanto se ha disertado y sobre el cual un folleto publicado en Caracas ya en 1828 decía: «¿Por qué delirio quieren algunos extinguir el gobierno central de la nación, para multiplicar este mismo sistema «unitario», según la denominación de moda, en diversos puntos de la República?... La federación vendría á ser el mismo centralismo, no sólo respecto de la nación con los estados, sino de éstos con las provincias, ciudades ó pueblos que los compongan... Podríamos llevar hasta el infinito la multiplicación del gobierno central, y jamás llegaría á realizarse la federación.» A lo que añade el señor Gil Fortoul, como comentario, que en ese párrafo se prevé el sistema que adoptaría Venezuela en 1864: «Federalismo en la constitución y centralismo en la práctica.» O sea una descentralización del unitarismo, que es á lo que viene á reducirse el federalismo hispanoamericano, hijo del español.

Las ciudades han hecho las patrias. Hablaba como un sabio, creo, Mosquera cuando en la sesión del 21 de abril de la convención de Ocaña, en 1822, contesta á Santander que hablaba de que la diversidad de climas y costumbres se oponía al centralismo, diciéndole que la diversidad de costumbres es pura imaginación, que en América, de Méjico á Buenos Aires, todo es igual, hasta los resabios. (v. pág. 429). Podrá haber en esto más ó menos hipérbole, pero en el fondo lo creo exacto.

Aquí, en España, ponderamos las diferencias de carácter, costumbres y modo de ser





que separa á unas regiones de otras, y sin embargo, los extranjeros declaran que no las ven tan marcadas como nosotros las vemos. Y ahí pasará algo parecido entre las distintas naciones. Y eso que ahí todas hablan en castellano y en un castellano, pese á argucias, muy uniforme, mientras aquí subsisten el vasconce, el catalán y el gallego. Como que por fuerza han de ser más uniformes pueblos formados por la mezcla de los mismos elementos. Claro está que la influencia de la sangre negra dará un tono especial á ciertas naciones en que abundaron los esclavos africanos y que las diferencias entre los diversos elementos indígenas influirán algo, pero estos factores creo sean de menos peso que se les supone.

En esas naciones en formación el elemento caracterizador y diferenciador tiene que ser la ciudad. Y á la ciudad, se me dirá, ¿qué la diferencia? Esto merece ya capítulo aparte. Y antes de ponerme á tratar de ello he de recomendar á mis lectores que sepan el inglés la lectura del ensayo de W. James, el gran pensador norteamericano, sobre los grandes hombres y su ambiente—«The great men and environment»—ensayo publicado en el libro que lleva por título: «The will to believe and other essays.»

Y antes de terminar he de advertir á alguno de mis lectores que no soy un tan hombre de libros como él se figura, que no he vivido mi vida toda metido en Salaman-

ca—de donde no soy—que he corrido un poquito el mundo, y que el ir á Madrid y meterme en eso que llaman la vida—no sé por qué—sospecho no habría de acrecentar mi experiencia ni hacerme variar de puntos de vista esenciales. Y por último, que el llamar buen hombre al gran Sarmiento—á quien pocos han hecho más justicia que yo—arguye que mi admiración á su genio no empee mi cariño al hombre, tal como á través de sus escritos se revela. Y es por lo que empleé esa frase que suena á cariñosa y familiar.

Salamanca, 1907.

MIGUEL DE UNAMUNO.

